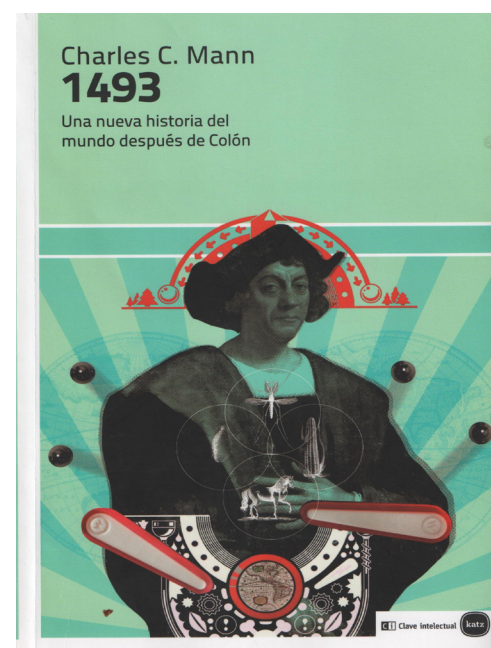


En el año 2005 el escritor norteamericano Charles C. Mann publicó en Nueva York un grueso libro –casi quinientas páginas– de eso que los anglosajones, sin estrujarse mucho el cerebro, denominan *nonfiction*. Su título era simple, ya que se limitaba a una fecha en principio irrelevante y que pocos escolares han tenido que aprenderse de memoria: *1491*. Y para aclarar de qué iba (en un solo año, por poco que prometa, pueden haber pasado muchísimas cosas), se añadía un subtítulo bastante esclarecedor: *New Revelations of the Americas Before Columbus*. La fecha, por tanto, adquiriría un valor puramente orientativo. *1491* no trataba de 1491, sino de la América anterior a 1492. El libro se convirtió en un éxito de ventas con rapidez, a la vez que cosechaba excelentes críticas en prestigiosas revistas literarias y medios de comunicación de masas. En 2006 –es decir, al año siguiente del alumbramiento de la versión original– apareció traducido al castellano. Como cabía esperar, el título fue respetado (los guarismos no varían aunque se cambie de lengua) pero no corrió la misma suerte su compañero el subtítulo, poco adecuado, por lo que parece, para atraer a un público que se debió suponer menos amante de lo estrepitoso que el estadounidense. Las “nuevas revelaciones” que prometía la obra en inglés se trocaron en la edición española (de Taurus), mágicamente, en *Una nueva historia de América antes de Colón*. Los diseños de los editores no son tan inescrutables como los de la providencia.

En el año 2011 Mann volvió a la carga y sacó al mercado otro libro de *nonfiction*, aún más voluminoso que el anterior –630 páginas en la edición española– y asimismo muy bien recibido por críticos literarios y una multitud de lectores, que llevaba por título otra fecha en apariencia poco significativa: *1493*. La edición neoyorkina, de nuevo, incorporaba un subtítulo aclarativo: *Uncovering the New World Columbus Created*. No se necesita ser un genio para saber que *1493* tampoco trata de 1493, sino del mundo después de 1492. La traducción al castellano no ha sido en esta ocasión tan veloz –aunque por muy poco– y han pasado dos años hasta que ha salido a la calle. Pero, como en el caso precedente, el subtítulo no ha sido respetado: en-

CHARLES C. MANN, *1493*.  
*Una nueva historia del mundo después de Colón*, traducción de Stella Mastrangelo, Katz Editores, Madrid y Buenos Aires, 2013, 631 pp. ISBN 978-84-15917-03-8. (1493. *Uncovering the New World Columbus Created*, Knopf, Nueva York, 2011).



**Palabras clave:**  
Colón  
América  
Globalización  
Intercambio  
Mann  
Crosby



lazando con la opción que se tomó en 1491 (*Una nueva historia de América antes de Colón*), la edición hispano-argentina de 1493 (de Katz) se subtitula *Una nueva historia del mundo después de Colón*. Cambio de tiempo, pues (antes de 1492 y después de 1492), y ambiciosa ampliación del espacio (de un continente a todo el orbe): un estudio “novedoso” de la historia de la América precolombina ha franqueado el paso a un estudio “novedoso” de la historia planetaria post-colombina.

Ahora bien, a mi modo de ver ambos subtítulos son, al menos en su versión española, un punto –sólo un punto– engañosos. No me cabe duda de que tanto 1491 como 1493 pueden ser considerados sin temor como libros de historia, ya que uno y otro tratan de acontecimientos y procesos “históricos” (entendiendo por historia el conjunto de lo sucedido a los seres humanos en el tiempo) con meridiano rigor y sin dejar espacio a la invención, el fraude o a la fantasía. Por decirlo con sencillez: no estamos ante novelas históricas ni ante nada que se les parezca. Pero (y el pero es importante) ambos libros se diferencian por su metodología y por su tono, es decir, por la forma en que han sido concebidos y han sido escritos, de la producción habitual de los historiadores “profesionales”: Charles C. Mann no es exactamente un historiador, y eso se nota (muchas veces para bien, algunas para mal). En realidad, 1491 y 1493 merecen más el apelativo de “ensayos de divulgación histórica” –muy informados y trabajados, eso sí– que cualquier otro. Y respecto a su carácter de novedad tampoco el diagnóstico puede ser inequívoco. Como se trata de textos nuevos, “originales”, pueden ser considerados “nuevas historias”, pero si entendemos el adjetivo “nuevo” como sinónimo de enfoque inédito y sin precedentes de peso, entonces la valoración varía: Mann, más que descubrir cosas ignoradas, organiza de manera muy atractiva cosas ya sabidas (quizá insuficientemente sabidas, cabría añadir). En fin, los subtítulos originales en inglés también tenían sus problemas, aunque, a mi juicio, eran más fieles a la verdad.

¿Quién es Charles C. Mann, ese no-historiador que escribe ensayos de historia tan voluminosos? En la primera línea de esta reseña lo hemos definido, con superficialidad

*«En realidad, 1491 y 1493 merecen más el apelativo de “ensayos de divulgación histórica” –muy informados y trabajados, eso sí– que cualquier otro»*

aparente, como un escritor norteamericano. En la solapa de la versión española de *1493* esa calificación se acompaña de la de periodista “especializado en temas históricos y científicos”. Y, en efecto, se nos hace difícil concretar mejor la naturaleza de su oficio: nos encontramos ante un prolífico profesional de la pluma que cultiva con éxito notable la *nonfictional prose*, es decir, que vive de escribir textos “históricos y científicos” para revistas y periódicos estadounidenses con reconocido caché —desde *Science* a *The Washington Post* y *The New York Times*, pasando por *National Geographic*, *Vanity Fair*, *Wired*, *Fortune*, *The Atlantic Monthly* o *Technology Review*—, y que de cuando en cuando produce un libro con vocación de *best seller* (sujeto al pertinente contrato comercial y, suponemos, precedido por un suculento anticipo). Así, ya antes de *1491* y de *1493* habían visto la luz unas cuantas obras suyas escritas, siempre y a diferencia de las dos citadas, en colaboración con otros autores. De un lejano 1986 data *The Second Creation: Makers of the Evolution in Twentieth-Century Physics*, de la que es coautor Robert P. Crease. De 1991, *The Aspirin Wars: Money, Medicine, and 100 Years of Rampant Competition*, escrita con Mark L. Plummer. De 1995, *Noah's Choice: The Future of Endangered Species*, también con Plummer. Y de 1997, *@Large: The Strange Case of the World's Biggest Internet Invasion*, realizada en comandita con David H. Freedman. Sólo de la segunda de ellas existe, al menos que sepamos, traducción al castellano. Se titula *Las guerras de las aspirinas: dinero, medicinas y 100 años de violenta competencia* (México, McGraw-Hill, 1994).

Físicos del siglo pasado, rentables —y útiles— analgésicos, especies amenazadas, la invasión superlativa de internet... Y el mundo antes y después del arriesgado viaje de Colón. Parece que estamos, pues, ante un autor capaz de lidiar sin despeinarse con los más diversos temas, una característica que no sé si considerar consubstancial al periodismo de divulgación (sea científica, sea histórica), pero que en todo caso no cabe mirar como una particular rareza. Y que, obviamente, se halla en las antípodas de lo que constituye la práctica habitual seguida en el oscuro interior de los círculos académicos, con unos estudiosos que tienden a encerrarse en exclusivos nichos del saber, que escriben

mayoritariamente para sus colegas (escasos o numerosos, depende del campo en que cada uno desarrolla su labor) y que casi nunca ven —ni dicen aspirar a ello— sus trabajos en las listas de superventas, sino que cimentan su prestigio en la opinión que merecen entre sus pares. Los divulgadores como Mann no tienen miedo a meterse en camisa de once varas, lo que no significa que su producción (en forma de texto o de material audiovisual) no pueda ser valiosa y de calidad; los científicos e historiadores académicos se ciñen a un lema que amenaza con aislarlos: cada sabio con su tema.

*1493* es, así, una excelente muestra del género del periodismo de divulgación (histórica en este caso). A partir de una imponente tarea de recopilación bibliográfica (la lista de obras consultadas por Mann ocupa 54 páginas de apretada letra al final de su libro), el autor construye un relato unificado de lo que podemos llamar el proceso de globalización, es decir, de la sustitución progresiva de una configuración del mundo basada en espacios “continentales” autónomos y con escasos o nulos contactos entre sí (situación anterior a 1492) por otra en el que todos éstos espacios interactúan hasta constituir un mundo único y global. Como suele pasar en muchos trabajos de este tipo, el autor va tomando los resultados de las investigaciones de aquellos historiadores, antropólogos, arqueólogos e incluso biólogos que interesan a su objeto y va hilvanándolos con notoria habilidad según conviene a la lógica de su discurso. Y, como suele ocurrir también, el nivel de protagonismo atribuido a las diversas indagaciones de donde se extraen los materiales es necesariamente dispar. Ni todos los sabios ni todos sus temas importan por igual, por lo que algunos ocupan el lugar de suministradores primordiales de datos y argumentos y otros el de meros auxiliares. Además, la amplitud disparatada de la bibliografía esgrimida invita a sospechar que no todos los títulos que allí se recogen han sido realmente leídos o consultados en profundidad por el autor (si lo hubiera hecho, Mann sería un superhombre), sino que se citan para hacer bulto, porque otros también los citan o porque algún colaborador editorial (el negro o negros imprescindibles para llevar adelante tanto *best seller* de no ficción e incluso de ficción) ha

*«Los divulgadores como Mann no tienen miedo a meterse en camisa de once varas, lo que no significa que su producción (en forma de texto o de material audiovisual) no pueda ser valiosa y de calidad; los científicos e historiadores académicos se ciñen a un lema que amenaza con aislarlos: cada sabio con su tema»*

cochado por redactar un amplio o conciso resumen. Los que tenemos concha de galápago (y, por eso mismo, somos conscientes de nuestras limitaciones) solemos pensar que el tamaño de una bibliografía suele ser inversamente proporcional al conocimiento que se tiene de ella.

La principal deuda de Mann (y él mismo la reconoce en la primera línea de su libro) es, sin lugar a dudas, la contraída con Alfred W. Crosby, historiador nacido en Boston y profesor en diversas universidades de los Estados Unidos, Nueva Zelanda y Finlandia, pero vinculado sobre todo a la Universidad de Texas en Austin, que ya en un lejano 1972 introdujo la categoría de “intercambio colombino” (de la que Mann hace abundante uso) para dar cuenta de la reunificación ecológica del mundo provocada por los viajes transoceánicos, que igual llevaron semillas de tomate y tabaco a Europa, caballos y caña de azúcar a América o boniatos y maíz a la China, que diseminaron por la Tierra virus y bacterias y globalizaron la enfermedad. La línea interpretativa de Crosby, muy interesante aunque nada exenta de implicaciones polémicas, según la cual ciertas variables biológicas y medioambientales representan un papel esencial a la hora de explicar cómo ese intercambio colombino facilitó la expansión europea de los siglos modernos, culminó en su gran libro *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, publicado en 1986 por la Cambridge University Press, vertido en 1988 al castellano por la editorial Crítica bajo el título *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa (900-1900)*, y traducido a otra decena de lenguas.

Las visiones tradicionales, que buscaban el éxito del imperialismo europeo en causas de naturaleza técnica, social y política (la superioridad militar y tecnológica de los colonizadores sobre los “nativos” de cualquier otro lugar que habría posibilitado la conquista y dominación de éstos por aquéllos, la mejor organización político-económica de Europa que se habría traducido en un mayor desarrollo productivo y comercial y en una sociedad más “civilizada”), y que eran las que imperaban en el mundo académico de entonces, hubieron de hacer sitio a nuevas explicaciones formuladas en clave ecológica por el exitoso historiador bostoniano. El trigo (el cereal que aprendie-

ron a cultivar los europeos desde el Neolítico) tenía, por ejemplo, más posibilidades y cualidades alimenticias que el maíz (el cereal de América). La fauna europea, además de estar más diversificada que la americana, se mostró singularmente receptiva a la domesticación. Ambas ventajas comparativas se conjugaron para permitir una agricultura y una ganadería más eficientes en el viejo mundo que en el nuevo. Y así un largo etcétera.

En 1493, sin embargo, Mann no sólo pone al alcance de un público no especializado las ideas de Crosby, sino que enlaza los planteamientos de éste con un variopinto conjunto de trabajos de distinta procedencia —entre los cuales hay incluso aportaciones de historiadores españoles— que complementan, enriquecen y profundizan esa historia a la vez planetaria y ecológica de la que el citado historiador ha sido pionero. El tiempo pasado desde la publicación de *Ecological Imperialism* no ha corrido en vano, el estado actual de nuestros conocimientos en la materia ha mejorado y los ingredientes de eurocentrismo residual que se podían rastrear todavía en el libro de Crosby se empequeñecen aún más en el de Mann, que opta por una aproximación “políticamente correcta” al mundo post-colombino, de manera que el viaje del marino genovés y su tripulación andaluza, más que para lanzar Europa a la conquista ecológica del globo terrestre, sirve para desencadenar un enmarañado proceso —a menudo traumático— de intercambios e interacciones biológicos, económicos y culturales entre sus diversas partes en el que los colonizadores europeos no merecen la consideración de exclusivos agentes activos. En realidad, dada la importancia que se otorga a micro-organismos que saltan raudos de un continente a otro y a especies animales y vegetales que invaden inmisericordemente ecosistemas que les eran ajenos, ni siquiera los seres humanos actúan como únicos protagonistas.

El cuerpo del grueso volumen —es decir, las 450 páginas que restan si quitamos los agradecimientos, el prólogo, los apéndices, las notas, la bibliografía y el índice analítico— está formado por una introducción, cuatro partes perfectamente delimitadas, y una breve coda final. La introducción, titulada “En el Homogeceno”, consta de un solo capítulo que lleva por encabezamiento “Dos monu-

*«En 1493, sin embargo,  
Mann no sólo pone al  
alcance de un público no  
especializado las ideas de  
Crosby, sino que enlaza  
los planteamientos de  
éste con un variopinto  
conjunto de trabajos  
de distinta procedencia  
—entre los cuales hay  
incluso aportaciones de  
historiadores españoles—  
que complementan,  
enriquecen y profundizan  
esa historia a la vez  
planetaria y ecológica de la  
que el citado historiador  
ha sido pionero»*

mentos”. La descripción del faro que, con base de cruz latina, se inauguró en Santo Domingo en 1992 en memoria de Cristóbal Colón, y la del grupo escultórico que recuerda desde 1930 en un parque de Manila a Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta, fundadores de la colonia de las Filipinas, organizan una exposición que, además de narrar las expediciones acaudilladas por uno y otros, presenta sus consecuencias ecológicas y económicas: la mezcla de especies en la Isabela (primer asentamiento colombino), la aparición en la Española de las primeras plagas de hormigas de ignorado –entonces– origen, la práctica extinción de los indígenas taínos, la nueva ruta de comercio con Extremo Oriente que propició la estratégica base filipina, la invasión de plata peruana que trastocó la economía china y tuvo efectos planetarios, la notoria reforestación del territorio norteamericano que fue resultado de la disminución de la superficie quemada para usos agrícolas causada por el descenso de la población indígena, y el impacto que dicha reforestación pudo tener en el enfriamiento terrestre documentado entre 1550 y 1750 y que se conoce como “pequeña glaciación”... Se trata, como es fácil de ver, de una especie de aperitivo de lo que después vendrá, de un punto de partida que sirve, además, para introducir con una llaneza envidiable el concepto de “intercambio colombino” de Crosby y otra categoría, ese “Homogeceno” que da nombre a la introducción, procedente de la obra del entomólogo Michael Samways, y que se utiliza para dar cuenta de la homogeneización biológica del mundo, la otra cara de la moneda de la más conocida homogenización económica. Es decir, para denominar “una nueva época de la vida, iniciada por la abrupta creación de un sistema económico que cubre el mundo entero” y cuyo inicio estaría marcado por los viajes de Colón. “Con el intercambio colombino –dice Mann–, lugares que otrora eran ecológicamente distintos se han vuelto más parecidos”.

La primera parte de *1493*, “Viajes por el Atlántico”, recoge una serie de casos que ejemplifican cómo se realizó ese intercambio entre Europa (en el papel, en última instancia, de emisor) y América (en el de receptor). Consta de dos capítulos: “La costa del tabaco” y “Malos aires”.

El primero cuenta el caso de Jamestown, el asentamiento en la costa de la actual Virginia que señaló en 1607 el comienzo de la colonización inglesa permanente en aquellas tierras (aquel mundo en verdad muy poco idílico de John Smith y Pocahontas). Concebido a partir de criterios puramente económicos, su fracaso como negocio se debió en buena parte a la acción de fuerzas ecológicas, en especial al trastorno medioambiental provocado por la introducción del cultivo del tabaco. El consumo de esta planta originaria del bajo Amazonas se había puesto de moda de una punta a otra del globo. Las plantaciones virginianas se centraron en el monocultivo de ese producto de tan alta demanda con resultados largo tiempo catastróficos: apenas producían víveres con que alimentarse (las cifras de mortalidad en Jamestown llegaron a ser alarmantemente pavorosas), a la vez que destruían el ecosistema en el que los indígenas desarrollaban una eficiente agricultura. “Malos aires” se interesa por los microorganismos que causan la malaria y la fiebre amarilla, de cómo se introdujeron y se extendieron por toda América y de cómo su existencia –y su virulencia– ha de ser tenida en cuenta a la hora de explicar la opción por la esclavitud en Virginia y Carolina, la pobreza de las Guayanas, la deforestación de Barbados o el propio nacimiento de los Estados Unidos de América (con ejércitos ingleses inmovilizados por la malaria en momentos cruciales de la guerra).

En la segunda parte, “Viajes por el Pacífico”, asistimos a un cambio de escenario. Un océano es sustituido por otro, las relaciones estudiadas son ahora las establecidas entre América y Asia, y las Filipinas ascienden al lugar de principal eslabón de una cadena de contactos económicos y ecológicos. Al fin y al cabo fueron los cuantiosos envíos de plata peruana a la China el estímulo que inició la globalización en esa parte del mundo. “Cargamentos de dinero” (subtitulado “Seda por plata, primera parte”) es el título de su primer capítulo, que describe cómo el mineral de plata era extraído en Potosí, cómo los galeones lo llevaban a Manila, y cómo acababa en Yuegang, en el sudeste de China, gracias a las actividades de los comerciantes de la región de Fujian, que cada año llegaban a las Filipinas cargados de todas las mercancías imaginables



(desde porcelana y seda hasta azúcar, aves de corral vivas o pólvora) que vendían para adquirir un metal que la corte Ming, en Pekín, precisaba como fuente de riqueza y de poder. Tanto en la China como en Europa la afluencia de plata trastocó los precios. En “Hierba enamorada, tubérculos extranjeros y arroz de jade” (que tiene por subtítulo “Seda por plata, segunda parte”), los flujos económicos dejan paso a los intercambios ecológicos. Los viajes por el Pacífico no sólo llevaron a China la plata amonedada, sino también los boniatos y el maíz, convertidos en feraces cultivos que invadieron grandes espacios chinos con efectos devastadores en los ecosistemas locales, y que tuvieron importantes consecuencias en la demografía y en la evolución política del gigante asiático.

La tercera parte sitúa a “Europa en el mundo” y se orienta a explicar el papel del intercambio colombino tanto en la revolución agrícola iniciada en el viejo continente a fines del siglo XVII como en la revolución industrial posterior. Así, un capítulo analiza “El complejo agroindustrial” tomando como elemento clave la extensión por el viejo continente del cultivo de la patata, el prodigioso tubérculo de origen andino responsable de una mejora dietética indudable en Europa, pero también de grandes hambrunas como la irlandesa de 1846 y 1847: junto al guano que se traía de América para abonar los cultivos llegó también un hongo que atacaba las plantas de la patata y las destruía. Las cosechas se perdieron y el hambre mató a un millón de personas o más. Del otro lado del Atlántico vino, pues, tanto el bien como el mal. En “Oro negro”, el otro capítulo de esta tercera parte, se expone la aventura del árbol del caucho, origen de una elástica materia prima fundamental para el desarrollo de la industria moderna, y que fue trasplantado de contrabando desde el Brasil (donde la ciudad de Manaus actuaba como centro de recolección y la de Belém como núcleo financiero del comercio que llevaba la goma a Europa) al sur y sudeste asiático, donde su área de cultivo creció enormemente durante el siglo pasado.

“África en el mundo” es el título de la cuarta parte, y en ella se vuelve a un tema que ya apareció páginas atrás: el tráfico de esclavos. Su título no debe inducir a confusión,

*«El periodismo de divulgación, si se hace bien, tiene eso: procura placer a la vez que extiende el conocimiento. Como decían los clásicos, enseña deleitando»*

ya que no es el continente negro el objeto de atención, sino los hombres de esa procedencia que fueron llevados a la fuerza hasta América y sus descendientes. Alrededor del 90 % de las personas que cruzaron el Atlántico antes de 1700 eran africanos cautivos. “Una sopa loca”, su primer capítulo, narra la formación de la ciudad de México, la primera de las metrópolis políglotas en que se han mezclado gentes de las más diversas procedencias. Las interacciones entre conquistadores castellanos “blancos” y de recias barbas, indígenas “rojos”, africanos “negros”, chinos “amarillos” inmigrados y los correspondientes grupos de mestizos resultado de sus cruces (por cierto, la demostración inequívoca de que los humanos formamos una única especie) quizá sea la mejor representación de la unificación del mundo y de la mescolanza biológica y cultural que el “intercambio colombino” propició. “Una selva de fugitivos”, segundo capítulo de esta cuarta parte, nos habla de los cimarrones, es decir, de los esclavos que huyeron del cautiverio y fundaron comunidades de fugitivos en diversos puntos de América: Brasil –indiscutiblemente el lugar donde el fenómeno alcanzó mayores proporciones–, Nombre de Dios (en el istmo de Panamá), México, Nicaragua (el “reino” misquito), Surinam, los Estados Unidos...

La coda final, “Corrientes de vida”, consta de un solo capítulo, “En Bulalacao”, en el cual se narra la visita de Mann a este remoto lugar de las Filipinas donde Legazpi vio por primera vez juncos chinos. A juicio del autor, es en ese encuentro donde hay que situar “el comienzo de la red comercial que hoy cubre el mundo entero”. Podemos preguntarnos, sin duda, por qué ahí y no en las Antillas. Pero la querencia de Mann por el archipiélago sud-asiático, presente en otros epígrafes de su obra, no puede dejar de aflorar en las páginas finales. En realidad, importa poco si es a Bulalacao o a Santo Domingo a donde hay que dirigirse para sacar la partida de nacimiento del mundo globalizado que conocemos. En esta coda, ubicada en el presente, se muestra que los intercambios que lo han posibilitado continúan con el mismo valor. Y eso sí que es importante.

Cuando se cierra el libro, el lector, al menos ese ha sido mi caso, no acusa el cansancio que podría nacer de tantas páginas de apretada letra, de tantas peripecias de gentes famosas o anónimas y de tal cúmulo de cuestiones abordadas con mayor o menor profundidad. El periodismo de divulgación, si se hace bien, tiene eso: procura placer a la vez que extiende el conocimiento. Como decían los clásicos, enseña deleitando. Charles C. Mann cultiva una prosa precisa y de gran eficacia comunicativa que la traducción fluida de la experimentada Stella Mastrangelo, pese a algunos incómodos americanismos, no desmerece en absoluto. Uno de los secretos para construir un *best seller* de no ficción estriba, a mi parecer, en hacer creer al consumidor —al que se supone dotado de cierto capital cultural— que está acompañando al autor, casi en pie de igualdad, a descubrir algo poco menos que ignorado para el común de los mortales. Al lector “culto” le gusta sentirse como un zahorí en busca de nuevas corrientes de agua, como un explorador de caminos no transitados. Y Mann consigue crear esa deseada complicidad mediante el uso de recursos típicos de periodista que contrastan para bien con la engolada pedantería de que tantas veces han hecho gala —aunque querría pensar que el feo vicio está en retroceso— los académicos endiosados: el tono de reportaje narrativo, con su dinamismo implícito, aflora una y otra vez en las páginas del libro; además, se cuentan y entrelazan singulares historias protagonizadas por seres humanos con nombres y apellidos y que han acontecido en lugares y tiempos concretos, lo que humaniza el relato; y el autor recurre en muchas ocasiones a escribir en primera persona, a usar ese yo que da vida y cercanía a cualquier narración. Tal eficacia comunicativa y tal complicidad eclipsan los pequeños errores, desatinos y contradicciones que un texto extenso y ambicioso —y salpicado de adecuadas ilustraciones que descargan la lectura— no puede dejar de contener. Dejemos para los doctos que lean *1493* la grata tarea de buscarlos. Quedémonos con la envidia sana que nos provoca —a mi me la provoca— la descripción de las visitas (reales, no virtuales) que Mann realiza a buena parte de los lugares que aparecen en su escrito, repartidos por los cinco continentes y por los siete mares. Moverse de un lugar a

*«El trabajo un poco oscuro de un respetable número de expertos apenas conocido fuera de sus respectivos nichos académicos tiene la oportunidad de hacerse visible y llegar al gran público gracias al interesante relato hilvanado por Mann»*

otro del planeta con tanta facilidad para ilustrar vivencialmente un trabajo como éste ha de ser caro, muy caro: sólo desde la perspectiva de un espectacular éxito comercial futuro se puede plantear semejante apuesta.

En su *Juan de Mairena* Antonio Machado escribió aquello de que “cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¡Lo que sabemos entre todos!. ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!”. Este libro aprovecha valiosas aportaciones de especialistas para tejer un vistoso tapiz que es una cosa distinta que la mera suma de sus hebras. El trabajo un poco oscuro de un respetable número de expertos apenas conocido fuera de sus respectivos nichos académicos tiene la oportunidad de hacerse visible y llegar al gran público gracias al interesante relato hilvanado por Mann. Seguimos, claro está, sin saber lo que sabemos entre todos. Pero, cuanto menos, después de leerlo estamos en condiciones de saber mucho más acerca del complejo –y nada plácido– intercambio biológico, económico y cultural que se encuentra en los orígenes de nuestro globalizado presente.

*Joan J. Adrià i Montolío*